



...Y porque no lo ha dejado todavía, cuando vió descender del tren a ese marido que es su fe, su orgullo y su amor, Charo sintió «físicamente» que en la vida existe una cosa que se llama felicidad.

EMILIO O'CONNOR Y SU HERMANA

Dos hermanos O'Connor, Diego, capitán de Infantería, y Emilio, teniente de Aviación, se alistaron en los primeros banderines de enganche abiertos contra el comunismo. Cuatro hicieron nuestra guerra. El padre murió por los padecimientos en la zona roja.

La madre, callado heroísmo de dama cristiana, no exhibió su angustiado dolor. Los días se hicieron muy largos. Los «modestos» fríos de nuestra ciudad eran angustia permanente en su recuerdo.

En la casa, otra mujer, la hermana, suspiraba también y tejía incansable prendas de lana que habrían de llegar a los muchachos con un doble abrigo de fraternidad. Entre madre e hija se intentaba soslayar la inquietud. Retazos de diálogo escueto:

- ¿Vino el cartero?
- No...
- ¿Fuiste al Ministerio?
- Que están bien...
- Pon la radio. Es la hora de Celia...

A Emilio O'Connor le esperaba también otra mujer: la novia. Se hizo frágil su pecho enamorado en la inquietud de la espera.

Como cirios vocales, cada noche alumbraba la oración:

—«María, madre de gracia y de misericordia, amáralos, defiéndelos...»

En la vecindad de aquellas guaridas, bajo aquel pálido cielo sin sol, luchaban los dos hermanos. Pero en siete meses no se consiguieron ver. Uno rompía los hielos a pie y buscaba entre la tierra adormecida corazones capaces de resucitar. Otro remontaba las nubes de la estepa para implorar al Señor desde más cerca misericordia y compasión.

EL TENIENTE ZORITA Y SU MADRE

Demetrio Zorita es alto, fuerte, con una expresión graciosa y pícaro de chico que se ha comido muchas manzanas. Y con una simpatía arrolladora. Se desborda su charla y su alegría. Frente a él, la madre—virtud del optimismo y del hondo goce de la «recuperación», tan joven como su hijo—tiene en los ojos un maravilloso fulgor.

Zorita empezó nuestra guerra en la quinta Brigada de Navarra y la acabó formando parte de la escuadrilla de García Morato. Luego estuvo unos días en Alemania. Y con ese desconocimiento terrible que tienen las gentes de lo que es el idioma de los germanos, cuando se iba a marchar le decían los compañeros: «Tú, como hablas alemán...».

Aprovechando esta facilidad, le enviaron a un reconocimiento, como mejor capacitado. El, claro, no entendió demasiado el lenguaje, pero vió muchas cosas. Y cuando las quiso relatar, alguien interrumpió su informe:

—¡Este, en vez de al servicio se ha ido al cine—. Felizmente para su crédito, las balas, que respataron su fortaleza de chiquillón que ha hecho novillos, le dejaron tarjeta y justificación.

De todas sus proezas en el aire, por la gracia de

El teniente Angel Mendoza... Pasea con unos amigos suyos que le han animado por carta durante las horas difíciles ..



El teniente Zorita luce orgulloso sus condecoraciones junto a su madre, en cuyos ojos se advierte el orgullo familiar tan legítimo...

Dios y de su habilidad, Zorita volvió intaeto. No así su avión. Y él, por aquellos agujeros, sentía una infinita, grande ternura. Porque era el suyo: en tanto que—sigue diciendo—«en derribar aparatos existe un placer extraordinario. Son lo menos dos millones lanzados desde las nubes a la nada. Y en casa, cada vez que se rompe un cristal se arma la gorda».

Sobre los progresos de idioma y técnica, el teniente Zorita ha adquirido nuevos e importantísimos conocimientos en esta campaña: es un técnico competentísimo de otras muy diversas materias: freír patatas, combatir el frío, hacer chocolate, coser botones a perpetuidad...

Charla y charla el muchachote de contagiosa y juvenil simpatía. La madre tiene una conmovedora expresión.

EL TENIENTE MENDOZA Y SUS AMIGAS

Dice Angel Mendoza que la palma donjuánica de la escuadrilla le corresponde al teniente Ibarreche. Era el de las cartas numerosas y el que había hecho soñar a más mujeres con su regreso. Por lo cual, mientras el tren entraba en agujas, la alegría de Ibarreche se neutralizaba con una gran preocupación...

Demos fe a estas afirmaciones, porque el teniente Mendoza es un hombre muy cordial y muy educado, de cuya palabra no tenemos por qué dudar. Pero como Ibarreche está en Bilbao y el fotógrafo está en Madrid, vamos a darle el segundo premio al teniente Mendoza.

En su hogar no esperaba ninguna mujer. La hermana, esa muchacha sensitiva y bonita que debilitó sus fuerzas en la inquietud de la doble espera

—es la novia del teniente O'Connor—se reponia en la Sierra. Y Angel Mendoza, perfectamente sincero en sus pluralidades sentimentales, tenía demasiadas complicaciones para alentar un solo amor.

Al iniciarse el Movimiento, Mendoza era es-

(Continúa en la página 47.)



(Fotos ZAIDIN)

